

JAZMINA BARRERA

Cuaderno de faros

Índice

Yaquina Head,	9
Jeffrey's Hook,	37
Montauk Point,	47
Faro de Goury,	59
Blackwell,	89
El faro de Tapia,	97
Bibliografía,	115
Agradecimientos,	117

Para Lucía y Marina

Yaquina Head

44°40'36.4"N, 124°4'45.9"O

Yaquina Head Lighthouse. Torre de ladrillos pintados de blanco, de 28 metros.

Linterna con lente original de Fresnel, visible a 31 km mar adentro.

Fases de dos segundos encendido, dos segundos apagado, dos segundos encendido, catorce segundos apagado.

LLEGAMOS A PORTLAND A hospedarnos en casa de Willey, el novio de mi tía. Willey había sido médico militar y Black Panther en su juventud; todos los días realizaba la misma rutina que incluía un desayuno abundante de huevos con tocino, sémola de trigo y pan tostado, la lectura de un periódico, y dos o tres cigarros en el balcón de su casa.

Yo no fumo, pero el primer día que pasé en esa casa estuve un largo rato en el balcón mirando el río lleno de barcos y aves marinas. Supongo que fue como fumar. Al día siguiente, tomamos la carretera hacia el sur. Mi primo, que mide dos metros, y yo, íbamos aplastados en el diminuto asiento trasero de la *pickup* roja que Willey llamaba *My Baby*. Pasamos una noche en el hotel cubierto de nieves perpetuas donde filmaron *El resplandor*, junto al cráter de un volcán dormido que se convirtió en un lago de color azul zafiro.

Volví a Portland dos años después. Mi madre, mi tía, Willey y yo fuimos al pueblo costero de Newport. Era septiembre. En la misma *pickup* atravesamos una carretera boscosa y nos detuvimos a comer *marionberry cupcakes*, hechos con la baya endémica del lugar, en un *diner* a la mitad de la autopista, donde atendía un par de viejitos amables. Recuerdo que iba con los audífonos puestos y veía pasar bosques sin hojas, de troncos oscuros, luego blancos y al final rojos. Llegamos a Newport. Nunca había estado ante un mar así de gris, así de frío. Incluso en verano la niebla inundaba el pueblo entero y hubo que buscar el hotel entre las nubes.

HE FRACASADO en casi todas mis colecciones. De chica me impresionaban los niños que tenían todos los muñecos de los Caballeros del Zodiaco o las series de juguetes coleccionables que venían en las bolsas de papas. Me esmeraba, pero nunca logré ese tipo de proezas. Dos colecciones que llegaron lejos fueron la de piedras preciosas (hoy sé que casi todas eran distintos tipos de cuarzo) y la de canicas. Me fascinaban los colores y las texturas, quizás por eso me concentré en ellas. También prosperó la colección de flores secas, que aún conservo y que tiene ejemplares de varios jardines de mi vida.

La colección más grande que tengo es la de libros. De niña solía leerlos el mismo día que los compraba. Hasta mi adolescencia, todos los ejemplares que tenía los había leído. Llegó un momento en el que comencé a tener más libros que tiempo para leerlos, y pronto me di cuenta de que probablemente nunca llegaría a leer todo lo que había en mi biblioteca (hay una palabra en japonés para eso: *tsundoku*). Ahora puedo distinguir entre dos colecciones: la de los libros en sí —los objetos— y la de las experiencias de lectura, que también se codician y acumulan.

No CONOCÍA los faros, pero ya había soñado con uno cuando era niña; estaba abandonado y lejos de la costa. Debajo tenía un jardín y una casa donde vivía con mi madre y mi padre. En el sueño le preguntaba a mi padre qué había encontrado en su ronda por los cuartos derruidos. Él me respondía que solo el esqueleto de un murciélago. Yo insistía en aclarar que el animal ya estaba muerto, pero él decía para sí mismo, como en el tráiler de una película de

terror: «Muerto, pero vivo». Se veía la punta del faro: un ático oscuro en donde el esqueleto de un murciélago batía con sus manos huesudas una pócima en un caldero. La cámara hacía entonces un acercamiento al cráneo, que decía con voz chillona: «Estoy preparando venganza para quien me mató».

MELVILLE, EN *Moby Dick*, dice que los seres humanos comparten una atracción natural hacia el agua. En cierto momento, Ishmael explica por qué se gastan ahorros y aguinaldos en visitar ese lago azul zafiro sobre el cráter seco de un volcán, una cascada tan alta que el agua se evapora antes de tocar las rocas, un conjunto de pozas donde viven seres diminutos y prehistóricos en medio del desierto, un cenote perdido en la selva. Explica el asombro ante el color que ahora llamaríamos Azul Klein y el turquesa de la laguna de Bacalar, en Quintana Roo. Todos los caminos conducen al agua, dice Ismael. «Y la razón por la que nadie puede resistirse a su cauce es la misma por la que Narciso se ahogó en su propio rostro: porque en el agua se dibuja el inaprensible fantasma de la vida».

El don reflejante del agua le hizo pensar a Joseph Brodsky que si el espíritu de Dios se moviera cerca de la superficie, ésta tendría por fuerza que duplicarlo. Dios, para Brodsky, es tiempo; el agua es por lo tanto la imagen de este y una ola que roza la orilla a medianoche es un pedazo de tiempo que surge del agua. De ser esto cierto, observar desde un avión la superficie del océano equivaldría a atestiguar el rostro intranquilo del tiempo.

Ninguna civilización costera, con lagos o ríos importantes, ha sido inmune a la necesidad de navegar las aguas, de explorar las extensiones de los mares, de transportar o transportarse sobre las olas. Y sin embargo los marineros se ven tan vulnerables en sus

Jeffrey's Hook

$40^{\circ}51'1''N$, $73^{\circ}56'49''O$

Jeffrey's Hook. Torre de hierro cónica de doce metros.

Linterna blanca con rojo, con lente de 300 mm.

Destellos aislados cada tres segundos.

CIERTAS CIUDADES SIN MAR también tienen faros. En algunos ríos, el Rin, el Sena o el río Saint-Laurent, hubo faros que anunciaban áreas peligrosas. En Londres sobrevive todavía hoy el Trinity Buoy Wharf. Este faro octagonal, de ladrillo café claro, se encuentra en Container City. Me acuerdo de mi padre contándome, cuando era niña, de estos edificios. La palabra *container*, que nunca terminé de entender, sonaba bélica. Me imaginaba construcciones metálicas gigantes de figuras improbables, cónicas o esféricas. Nunca pensé que se parecieran tanto a una caja de zapatos.

Cuando visité Container City, los *containers* readaptados para servir de viviendas me recordaron a las ciudades futuristas de series y películas de los noventa. El faro de Wharf desentonaba con la arquitectura de los *containers*, pero tanto este como los otros tuvieron un origen experimental. Este faro sirvió durante algún tiempo para entrenar fareros, y después para experimentar con luces y lentes que más tarde se llevarían a otros faros. Allí el científico (y encuadernador) Michael Faraday trabajó con la iluminación que después se utilizaría en el faro de South Foreland en Kent. En un pequeño museo debajo del faro se reproducen los objetos e instrumentos de Faraday.

Hoy el faro no tiene luz. No brilla, pero se escucha, porque en vez de lámpara hay una campana.

Las lámparas de los faros son las campanas de las iglesias. Las ondas sonoras anuncian y convocan igual que las ondas de luz. En este faro hay una campana que suena sin descanso. Que

sonará durante mil años. Es una campana hecha de muchas, que tocan según un algoritmo que diseñó Jem Finer. Dicen que un día, dentro de casi mil años, se alineará la música de las campanas en armonía, como se alinea la luz de los planetas en el cielo.

EN EL Hudson, del lado de Manhattan, queda también un faro, Jeffrey's Hook, mejor conocido como The Little Red Lighthouse.

Parece que la ciudad se termina. Desaparecen las cuadras junto a una carretera cruzada por un puente peatonal, desde donde solo se ven los coches, los árboles y el río. Al bajar el puente se llega a un parque. Ahí estábamos Lorena y yo. Llevábamos dos semanas juntas en Nueva York: mis primeras desde que me mudé, sus últimas antes de regresarse a México. Vivíamos en su departamento en Washington Heights, durante los días más calientes del verano. No recuerdo cómo nos conocimos. Parece que siempre estuvo ahí con sus manos delicadas y su cabello que es castaño pero que en mi mente es rojo. Era un día de despedidas, a comienzos del otoño, y el cielo estival asomó una última vez en Nueva York para despedir al verano. Íbamos por un camino sinuoso, con túneles y puentes levadizos que pasan sobre las vías del tren. Desde ese puente pequeño se alcanzaba a ver el puente George Washington, que va de Manhattan a Nueva Jersey. Las soldaduras de su ingeniería gris contrastaban con la maleza del parque. La vereda se acercaba al río, descendía. Desde la orilla, más allá de las rocas que asomaban entre pedazos de sol sobre el río, se veía el sur de Manhattan. Debajo del gran puente, estaba el pequeño faro rojo. Un faro al final de la isla, al final del río, que Antonio Muñoz Molina llama «el faro del fin del Hudson».

No puedo recordar cómo me enteré de la existencia de este faro. Un día amanecí acordándome de que había un faro bajo el

ponte George Washington, sin saber quién me lo había dicho, o si lo había leído en alguna parte. Tenía que ir a buscarlo. Al principio Lorena no me iba a acompañar. Salía al día siguiente para México y estaba feliz de regresar a su casa y dejar atrás lo dura y solitaria que puede llegar a ser esta ciudad. Pero estábamos a solo una estación de distancia. Nos preguntábamos cómo podía haber un faro tan cerca del bullicio y el reguetón de Washington Heights, tan cerca del metro, los bancos y los contadores. Ya le tenía cariño al barrio, a su costumbre de llenar de sillas las banquetas en domingo, para platicar y jugar dominó; a la sopa de siete potencia (así, sin la ese final) y a los puestos de fruta de veinticuatro horas, donde probablemente vendían también otras sustancias.

El Hudson no es un río, es un brazo de mar. Desde que los wiechquaesgeek habitaban estas tierras, en el Hudson se pescaba y había barcas que iban de Albany hasta la ciudad o el mar. En este trecho eran tan comunes los naufragios que hubo que poner un palo rojo en señal de peligro. Y rojo fue también el faro que se construyó en 1880, pequeño, hoy casi invisible bajo la construcción del puente. Su tamaño, su color y su punta verde hacen que parezca de juguete.

En el último minuto Lorena se decidió a acompañarme. Esperábamos encontrar un edificio abandonado, un faro derrotado por la carretera y el puente, ridículo y anacrónico. En vez, el faro más pequeño del mundo (así, al menos, me pareció en ese momento) conservaba, como en el relato, una dignidad enorme frente al puente. Se sentía mucho más a nuestra escala y de nuestro universo.

Hacia 1942, la escritora Hildegarde Swift observó cómo se iba alzando el puente sobre Jeffrey's Hook y escribió *The Little Red Lighthouse and the Great Gray Bridge*, un álbum ilustrado donde el faro es el protagonista, triste y agobiado ante la construcción del gran puente. Al final del cuento, se descubre que el puente es su hermano de metal y que el faro sigue cumpliendo la función de resguardar a los barcos.